

MONIQUE SCHEER

Enthusiasm. Emotional Practice of Conviction in Modern Germany

Oxford University Press, 2020, 256 pp., ISBN 978-0-19-88359-5

En el campo de la historia de las emociones, el nombre de Monique Scheer se ha convertido en una referencia indiscutida. En la constitución de los primeros debates y problemas en torno al estudio de las emociones en la historia, la pregunta por la aprehensión de las emociones en el documento histórico fue gravitante para perfilar un campo metodológico diferenciado respecto a otras parcelas historiográficas. En 1985, Peter y Carol Stearns arguyeron de forma categórica que los historiadores solo podrían tener acceso a las normas emocionales del pasado, manifestadas en sus expresiones emocionales (lo que los autores denominaron “emocionología”), mas no las experiencias mismas¹. El sinsabor fue generalizado: ¿cómo, entonces, podría haber una historia de las emociones, si no podemos acceder realmente a ellas? Desde entonces, la tarea de muchos historiadores y antropólogos fue la de repensar el vínculo entre experiencia (i.e., sentir pena) y expresión (manifestarla), de modo que podamos asentir o no a la sentencia declarada por los Stearns respecto al método de estudiar emociones en la historia.

Sumado a los esfuerzos de William Reddy, la propuesta teórica-metodológica a dicho dilema encuentra en los trabajos de Monique Scheer una salida robusta y consistente. Valiéndose de la teoría de la práctica de Pierre Bourdieu, la antropóloga e historiadora estadounidense-alemana planteó dos cuestiones centrales. La primera, que la separación entre experiencia y expresión, como así la relación lineal entre ellas concebida así por los Stearns no es tal. La incorporación de expresiones emocionales configura la experiencia emocional misma de los sujetos, siendo la expresión parte integral del sentir emociones y no algo secundario, derivativo o separado². Y, en segundo término, que las emociones no son solamente algo que tenemos o sentimos, sino algo que hacemos. La constante alocución a las emociones como una forma de discurso, condujo a la necesidad de situar al cuerpo como una variante, no solo importante, sino como condición básica desde donde la experiencia se manifiesta. Las emociones son prácticas (“emotional practices”) que moldean la experiencia emocional y que son llevadas a cabo por cuerpos en contextos, por lo tanto, la atención del historiador se dirige hacia los “rastros de acción observable”³.

¹ Peter Stearns and Carol Stearns, “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”, *The American Historical Review* vol. 90, N° 4, 1985. No obstante, en un artículo posterior, Peter Stearns busca rectificar su posición respecto a la propuesta: Jan Plamper, William Reddy, Barbara Rosenwein and Peter Stearns, “The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein and Peter Stearns”, *History and Theory*, vol. 49, N° 2, 2010.

² Acá, los trabajos de Reddy sobre los *emotives* gatillan la profundización de esto. Véase: William Reddy, “Against Constructivism. The Historical Ethnography of Emotions”, *Current Anthropology*, N° 38, Chicago, 1997.

³ El breve esquema presentado acá hace poco honor a la complejidad expuesta por la autora. Monique Scheer, “Are Emotions a Kind of Practice (And is that what makes them have

Para Jan Plamper, la propuesta de Monique Scheer constituye una profundización respecto a la teoría de William Reddy⁴, cuestión que la sitúa dentro de las aproximaciones metodológicas más exitosas hasta ahora en el campo de la historia de las emociones, al menos en la academia noratlántica⁵.

El trabajo que tenemos por ocasión reseñar consagra las reflexiones de Scheer esbozadas en el artículo en cuestión, colocando como caso de estudio el entusiasmo en dos contextos de la historia alemana: 1) *Kaiserreich* (1780-1914) y 2) los días actuales. A diferencia de emociones como la felicidad o la tristeza, el entusiasmo es calificada como una práctica emocional ambivalente, compleja e intensa⁶, pues, ya sea por convicciones religiosas o seculares, el discurso entusiasta anuncia una certeza absoluta que conduce, a menudo, a un vuelco del orden social, y en donde la relación entre razón y pasión o conocimiento y sentimiento se sitúan como binarismos subyacentes necesarios de comprender⁷. En otras palabras, Scheer nos advierte sobre los comportamientos del entusiasmo a la hora de abrazar convicciones (desde la revelación divina hasta la pasión revolucionaria). Para reflexionar en torno a ello, nos propone una serie de conceptos: “práctica emocional”, “convicción”, “interioridad” y “sinceridad” que vemos como articuladores de su argumento, y que permiten no solo ahondar en el fenómeno del entusiasmo, sino, además, teorizar sobre la experiencia del sentir.

Los dos primeros se hallan –no sin motivo– insertos en el título del trabajo. Además de que componen el esquema medular de su trabajo, la autora nos enfatiza cuán relacionados están. Scheer, al igual que otros teólogos, tilda de convencional la idea de que las convicciones sean únicamente la afirmación cognitiva a una serie específica de proposiciones o “sistema de creencias”, ya que la emoción provoca una activación material en el cuerpo, ofreciendo evidencia tangible de la convicción (i.e. ‘La convicción es real, porque la siento’). Esto, que es analizado en contextos protestantes, afirma el vínculo entre religión y emoción; pero también permite aseverar la materialidad como condición necesaria para cualquier

a History)? A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion”, *History and Theory*, N° 51, 2012. La traducción es nuestra.

⁴ Jan Plamper, *The History of Emotions. An Introduction*, Oxford University Press, 2015, p. 265. Las recopilaciones de Barbara Rosenwein y Riccardo Cristiani, *What is the History of Emotions?* Polity Press, Cambridge, 2018; y Katie Barclay, *The History of Emotions. A Student Guide to Methods and Sources*. Red Globe Press, London, 2020; también dedican importantes consideraciones al trabajo de Monique Scheer.

⁵ Véase Kate Davison, Marja Jalava *et al.*, “Emotions as a Kind of Practice: Six Case Studies Utilizing Monique Scheer’s Practice-Based Approach to Emotions in History”, *Cultural History*, vol. 7, Issue 2, Edinburgh, 2018, pp. 226-238. También el trabajo de Ute Frevert aplica estas propuestas, *The politics of Humiliation. A modern history*, Oxford University Press, 2020.

⁶ En cuanto a este último adjetivo, la autora utiliza la expresión “strong”; no obstante, la traducción “fuerte” –creemos– no expresa del todo las implicaciones que Scheer quiere imprimir al respecto. *Enthusiasm. Emotional Practices of Conviction in Modern Germany*, Oxford University Press, 2020, p. 4. Las traducciones consecuentes que se hagan del texto son de autoría propia.

⁷ La autora pone especial atención en contextos protestantes, argumentando que los debates y concepciones allí generados permean fuertemente a los que toman lugar en contextos seculares.

forma de espiritualidad o convicción. “Toda religión es una religión material”, cita Scheer⁸, y no solo por el empleo de una cultura material que movilice la convicción⁹, sino por la activación emocional que el objeto genera en el cuerpo mismo. En el caso de la ritualización, por ejemplo, se concibe como una forma de hacer cosas para provocar la percepción que dichas prácticas son distintivas y que la asociación que estas generan son especiales. Aquí, la creencia no es un set de valores, actitudes o convicciones que motivan dicha acción, sino un tipo de acción en sí misma. Al calor de estos argumentos, la autora sostiene que acción y creencia (o prácticas emocionales y convicción) están irremediabilmente atadas.

En contextos protestantes, la discusión sobre el entusiasmo evidencia, precisamente, la ambivalencia que Scheer quiere exhibir y analizar. Con la derogación de los intermediarios entre los sujetos y Dios, la emoción cobra relevancia para establecer una conexión directa. Ahora bien –y en virtud de la naturaleza dual de cualquier emoción–, el entusiasmo posee potencial movilizador y creador, pero, al mismo tiempo, puede conducir al fanatismo. Esto explica que, siendo la emoción central en contextos protestantes, esta se convierta en foco de intensa observación, vigilancia y manejo. La “falsa inspiración” marcaba la frontera entre aquella inspiración que provenía desde “dentro” del sujeto, respecto de aquella que era concebida como una perturbación externa. Por consecuencia, para proteger y guiar a los fieles de sus propias emociones, se desarrollan una serie de técnicas que componen la práctica espiritual de los protestantes, de modo que puedan discernir entre el entusiasmo apropiado y aquel que no lo es.

Teniendo lo anterior como contexto, la pregunta por las concepciones sobre las emociones o “ideologías emocionales” se vuelven centrales, asunto que le ocupa al primer capítulo del libro. El análisis de las concepciones protestantes sobre las emociones, como así de las ideologías emocionales “ilustradas” y “románticas” se convierten en un sustrato presente en las posteriores disensiones que la autora expone en los capítulos siguientes, especialmente para poder comprender cómo estas permean las concepciones sobre interioridad y sinceridad.

En torno a la interioridad, se manifiesta de forma elocuente la ambivalencia que el entusiasmo encierra. La interioridad, dice Scheer, es parte del objeto de estudio, mas no su premisa. Desde Lutero hasta Kant (es decir, tanto en contextos religiosos como seculares), la interioridad no solo es depositaria de una “superioridad moral” o un valor esencial, es también lo que permite la conexión con Dios, al mismo tiempo que cualquier externalidad sea tan solo una apariencia. De ahí la sospecha al contagio emocional, entendido como emociones externas. El segundo capítulo nos enseña, por ejemplo, cómo los pastores

⁸ La cita original es de Matthew Engelke en “Material Religion”. No obstante, Scheer la trae a colación para ilustrar su argumento, Scheer, 2020, *op. cit.*, p. 15.

⁹ No utilizo la expresión “movilice” de forma aleatoria. Aludo a una de las cuatro formas que Monique Scheer sugiere como prácticas emocionales que pueden ser localizadas en el documento histórico. Movilizamos emociones cuando usamos rituales o prácticas emocionales (como escuchar música o consumir drogas) para dar forma nuestras emociones o las de otros. Desde la teoría de la práctica se enfatiza en el uso de rituales “como medio para conseguir, entrenar, articular y modular las emociones con fines personales y sociales”. Uno de los ejemplos que la autora coloca es la práctica cristiana de penitencia, la que no se considera una expresión de un sentimiento de pesar o arrepentimiento ya existente, sino como un medio para, efectivamente, lograr dicha experiencia. Scheer, 2012, *op. cit.*, p. 210.

luteranos, a diferencia de los luteranos más seculares, buscan mantener la posibilidad de que el Espíritu Santo ingrese en el corazón de los fieles, pero ven las exaltaciones de algunas “sectas protestantes” como muy superficiales y, por tanto, peligrosas¹⁰. Ahora bien, una concepción de emoción desde la teoría de la práctica diluye cualquier forma de interioridad, puesto que subyace una separación entre sujeto y contexto del que la autora busca desprenderse. No obstante aquello, Scheer es enfática en plantear que las concepciones promovidas respecto a las emociones (en especial sobre el entusiasmo) y cuáles de estas son calificadas como “reales” en virtud a una noción de interioridad y exterioridad, sí cumplen un rol importante a la evaluación y permiso que, en este caso, los protestantes se daban para practicar sus emociones.

Lo mismo ocurre a la hora de calificar las emociones en base a criterios de sinceridad¹¹. El uso de este adjetivo también está atado a las concepciones y representaciones históricas sobre las emociones, por lo tanto, la observación sobre estos criterios resulta crucial. Como consecuencia de estas concepciones, las nociones de sinceridad han sido empleadas para desacreditar actores, sus emociones y convicciones, como lo demuestran los debates entre liberales protestantes y cristianos carismáticos. Las acusaciones mutuas de expresar emociones “falsas” o “artificiales” evidencian la colisión entre distintos entendimientos de lo que implica la sinceridad para cada uno de estos grupos. La relación entre los diferentes “estilos de sinceridad” (nombre del capítulo), sostenemos, explica mejor la dinámica que podría generarse entre grupos que adscriben a uno de ellos o a más de uno¹². Con esto último, la autora sostiene que estos estilos debiesen ser analizados más como una performance, que como un estado mental construido *a priori*.

Es a través del despliegue de estos conceptos que el trabajo de Monique Scheer es, sin duda, una profundización en las discusiones y preguntas desarrolladas en el seno de la historia de las emociones. Los enfoques y reflexiones aquí expuestos permiten reparar en elementos medulares al momento de pensar cualquier estudio que se inscriba en esta área. Sin embargo, su aporte va más allá. En muchas ocasiones, el trabajo utiliza el entusiasmo como excusa para esbozar una teoría sobre las emociones y su desarrollo en la historia, cuestión que convierte este título en una referencia obligatoria para adentrarse en el estado del arte de los estudios sobre emociones. Más aún cuando consideramos su formación antropológica y su herencia sociológica. Sus reflexiones en torno a la relación entre emociones y convicción no solo contribuyen a pensar la relación entre emoción y religión en el marco de los estudios sobre teología. También es un insumo para repensar la puesta

¹⁰ Es en el contexto de estos conflictos y debates, donde además se van distinguiendo las distintas expresiones relativas al entusiasmo: mientras la expresión *Begeisterung* apuntaba a una dedicación apasionada y espiritual, se empleaba en cambio *Schwärmerei* de forma peyorativa para apuntar a una forma de entusiasmo incorrecta.

¹¹ La autora distingue también entre sinceridad y autenticidad, conceptos que los ubica en la relación entre expresión y experiencia respectivamente, Scheer, 2020, *op. cit.*, p. 144.

¹² El uso de la expresión “estilo” es una referencia a la propuesta de los Stearns, relativo al estilo emocional, un concepto al que la autora adscribe producto de las dificultades que encierran los conceptos de “comunidades emocionales” (Rosenwein) y “régimen emocional” (Reddy).

en práctica de los estudios sobre historia intelectual o conceptual (en donde la variable emocional ha jugado un rol marginal)¹³.

Haciendo uso de un cuerpo documental vasto y de lecturas pertinentes, Scheer demuestra una destreza analítica, sugiriendo interpretaciones novedosas que, hasta ahora, han sido útiles para pensar en “salidas” a las dificultades que los estudios de emociones plantean.

JAVIER SADARANGANI LEIVA*
Universität Hamburg, Alemania

¹³ A la postre el trabajo de Magrit Pernau y Imke Rajamani, “Emotional translations: Conceptual History beyond Language”, *History and Theory*, vol. 55, Issue 1, 2016, pp. 46-65, es esclarecedor. El estudio no sólo recoge los postulados de Scheer, sino que además reflexiona sobre el aporte de este para una historia conceptual.

* Doctorado en Historia. Universität Hamburg, Alemania. Becario ANID-DAAD. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0003-3460-6388>. Correo electrónico: javier.sadarangani@gmail.com